

Domenec Guansé

La obra literaria de Mariano Latorre (1)

I



SE considera a Mariano Latorre, ya se sabe, como el más distinguido de los criollistas de Chile, de los costumbristas populares del país. No sé hasta qué punto esta clasificación resulta exacta. Personalmente, este tipo de escritor que tanto abunda aquí y del que hay ejemplos sobresalientes en España y en especial en nuestra tierra catalana, no me satisface mucho y me interesa poco. Latorre, en cambio, después que he vencido la resis-

(1) DOMENEC GUANSÉ.—Domenec Guansé, autor de este agudo ensayo sobre la producción literaria de Mariano Latorre, es, además de un crítico de prestigio (durante quince años tuvo a su cargo la crítica teatral en «La Publicitat», diario barcelonés), un creador literario de tipo moderno, conocido en el mundo de las letras catalanas por sus novelas y cuentos: «La clínica de Psiquis», «La Venus de la careta», «Una noche» «El corazón bajo la máscara», etc.) y por sus obras teatrales («El hijo de Ninón», «La felicidad de los otros», etc.)

«La Revista de Cataluña», que dirigieron Rovira y Virgili y Carlos Riba, lo contó entre sus colaboradores más frecuentes y estimados y en la

tencia que su género me imponía, ha llegado a cautivar-me, por momentos, hondamente. Me ha impresionado sobre todo, por la profundidad y hasta diría, si la palabra no estuviera tan desacreditada, por el sentido humano de la obra, que no se detiene en la superficie de las cosas, en el simple pintoresquismo. El costumbrismo no me parece su finalidad propia. Se podría pensar quizá, al modo de Proust, a pesar de la diferencia del medio tratado, que la descripción de las costumbres es algo secundario y éstas fáciles de comprender o de reconstruir si se penetra en la psicología de los seres. Es decir, que las costumbres son la lógica conse-

misma «Publicitat», ya citada, como en «La Nau» y en «La Rambla», escribió ensayos, en forma de crónicas, que interpretaban el espíritu catalán de esos tiempos de anarquía.

Guansé no es un crítico, a la manera algo improvisada de América, mezcla de gramáticos o preceptistas, o sencillamente de un buen señor que da su opinión personal sobre el libro recién aparecido; es, ante todo un esteta, un ensayista de cultura superior y de estilo plástico y agilísimo, que trata de interpretar las relaciones que la creación artística de un autor tiene con el ambiente y el momento en que ha sido creada.

En este sentido es, simplemente, una obra maestra de intuición el estudio que publicamos en este número sobre la producción literaria de Mariano Latorre.

Catalán de raza y de espíritu, republicano convencido, reside en Chile desde hace algún tiempo y su vida sigue dedicada a sus estudios estéticos y de creación, y sobre todo, a luchar por la cultura catalana, conquista de un pueblo viril que ha de prevalecer, a pesar de la desintegración de la España de hoy.

Su libro «Rutas de América», hecho de nostalgias de su tierra lejana y de ironía sencillísima, es un ensayo, poético y amable, de los estados de alma de un catalán de selección, obligado por la tragedia de la Revolución Española, a vivir lejos de su costa levantina, equilibrada y luminosa, legítima heredera de Grecia y Roma.—N. de la R.

cuencia de los fenómenos psicológicos. Sin embargo, Latorre no es tampoco un psicólogo. En realidad, lo que nos da a conocer, en un aspecto que no tiene nada de científico, es la biología de Chile, la vida del país en profundidad, la esencia de lo que en él se mueve y fermenta.

No es el Chile de las grandes ciudades, de Valparaíso o de Santiago, no es el Chile cosmopolita que tiene un gran intérprete en J. Edwards Bello, sobre todo en sus crónicas, de las cuales es lástima que no se haya hecho una selección adecuada. El Chile de Latorre es el Chile que está en lucha con la naturaleza: el Chile de los campos de cultivo y de las selvas, el Chile de la cordillera y el del mar. De este Chile parece, tal es por lo menos la impresión que produce a un extranjero, conocer todos los secretos: parece haberlo penetrado, desde la superficie hasta la más honda entraña. Pocas veces un escritor, un novelista, da la sensación de dominar tan plenamente la materia que trata y lo que sorprende más es la amplitud de este conocimiento. Casi le interesa igualmente el drama del hombre y el de los animales, el de los insectos y el de los vegetales que pueblan su tierra chilena y hasta el de los mismos elementos. Por lo menos, despierta en el lector un mismo interés. La rivalidad amorosa de unos toros, el dolor de la vaca preñada y la defensa de su cría contra las fuerzas ciegas de la naturaleza, no son miradas por el autor en una esfera inferior a los dramas semejantes, producidos entre los hombres. A ve-

ces, será protagonista un simple piñón, es decir, el fruto oloroso y hermético del pehuén y a través del misterio de su germinación y de las fuerzas oscuras que desintegran sus fibras, hasta hacerlo reventar en una aromática lluvia de rojos piñones, vemos germinar toda la selva chilena. Otras veces, será la selva misma el protagonista, o el mar o un velero, cuya historia, al contarla, se hará casi humana. Hombre o animal, insecto o flor, agua que desciende de los neveros o niebla que se deshace en coloraciones variadas, bajo el cielo o que se condensa amenazadora, todo eso atraerá su atención apasionada. Apasionada: he aquí una palabra que define exactamente el carácter de su observación. El suponer que Latorre es un impasible ante la naturaleza, un coleccionador y clasificador de formas y fenómenos, tipo de paciente naturalista, desviará de seguro, la comprensión de su obra. Y la espléndida riqueza vegetal y animal que convierte sus páginas en una selva sonora hace pensar que no le faltan conocimientos de esta categoría. Pero esto no tiene mayor importancia, si pensamos en su visión directa de la naturaleza. Es indudable que, ante todo, ha visto cuáles son las características vitales de su obra y que ha captado colores y sonidos, y que sólo por curiosidad, más tarde, estudió sus características científicas. Si fuese, limitada y científicamente, un naturalista, no podría extraer de la naturaleza la substancia poética, el elemento dramático que lo anima, que lo convulsiona y lo hace vivir.

En los dramas del mar, la figura humana adquiere mayor importancia, en general, que en la de la selva o de la sierra. Y así sucede, porque el hombre se halla aislado, sin tanta compañía animal y vegetal. Puede ser, también, porque la gente de mar, en contacto frecuente con puertos de importancia, es más culta y por consiguiente más compleja. Sin embargo, en estos dramas, también el mar mismo con sus tempestuosas variaciones y con sus barcos, tiene tanta o más importancia que el hombre y le inspira las páginas más bellas.

Por la necesidad de una clasificación literaria, conveniremos que Mariano Latorre escribe novelas, cuentos, relatos. Y ciertamente, algunas de sus novelas son de clásica factura, hábilmente compuestas, con todas las reglas del género. Se trata, en este caso, de una anécdota posiblemente inventada en sus líneas generales, bien planeada y de un desarrollo perfecto. Y hasta en algunas a la manera de Pereda, influencia que tal vez hoy no fuera del agrado del autor, la acción se desarrolla, ofreciendo el panorama de la vida entera de una región: la fiesta de la cosecha, las tradicionales comilonas campesinas, las procesiones populares, etc.

Pero, con frecuencia, más que el conjunto de la novela, le complacen los detalles: los personajes secundarios, los animales que por allí pululan, las vivas impresiones del paisaje. Muy a menudo Latorre se aparta de esta forma tradicional, sobre todo en sus últimas producciones y entonces nos comunica la impresión de que lo que cuenta es un episodio vivido, la simple y

desnuda evocación de un personaje, animal o planta, sin invención alguna. La inventiva parece no representar allí ningún papel. Digo inventiva y no imaginación, ya que la imaginación es la facultad de representarse mentalmente, tanto lo que no existe como lo que existe, mientras que la inventiva es la facultad de crear o descubrir otras formas, o combinar de una manera nueva las existentes.

La obra de Latorre, con su variedad de formas y de colores, revela ciertamente una imaginación poderosa, aunque la carencia de elementos novelescos no demuestra espíritu de inventiva; pero esto que expreso no es sino la impresión de un lector. En definitiva, nunca se sabe—¿lo sabe el propio autor?—dónde termina la observación directa y consciente y dónde comienza la intuición que acompaña siempre a los grandes observadores y sin la cual no hay creación artística ni científica posible. Pero, observación directa, impresiones de la sensibilidad, intuiciones que derivan de la existencia misma, de sus repetidas observaciones, su obra, en conjunto, y especialmente en los fragmentos mejores, produce el efecto, no de composiciones inventadas, elaboradas pacientemente en el gabinete de trabajo, sino de documentos, de testimonios. A veces, el propio autor, y esto como un artificio, se complace en comunicarle este aire de documento, explicando cómo ha conocido a sus personajes, los viajes que ha hecho para reconstruir la historia, para saturarse de su ambiente. Y el

mismo autor aparece en algunas ocasiones, hasta con su propio nombre, como personaje secundario, como t stigo ocular.

II

Mariano Latorre es, esencialmente, un sensual. Todo proviene, en su obra, de las reacciones de los sentidos. Y su fuerza y su gracia residen, con frecuencia, en la fruición que parece haber experimentado al transcribir sensualmente las sensaciones. Su misma prosa, sus imágenes, son de raíz sensual, sensorial.

Por esto mismo, la forma y el color tienen en él una decisiva importancia. En realidad, es escultor y pintor. Y posee, quizá, un elemento más que los pintores y escritores: el olfato. De sus páginas se desprende una vaharada intensa, el aroma de los pólenes y humedades de la selva y del yodo del mar, de los fudres y tinajas donde fermentan la chicha y el vino, de las eras, donde se desgrana el oro del trigo. Y es por esta misma sensualidad, también, que pinta, con tanta intensidad, los efectos de los elementos y del clima en relación con el hombre. El líquido azote de la lluvias, el frío de las nevazones, el ardor del sol, la áspera caricia de las tormentas o la suavidad de la brisa, son evocadas de tan sugestiva manera que nos comunica, más que una impresión literaria, una impresión física, real.

Por esta sensualidad elemental no es, sin cierta pre-

vención, que hemos dicho que el alma de las cosas nos las hace sentir, a través de formas y colores. En todo caso, usamos la palabra alma como representación del modo de ser de las cosas. Pues no sé si Latorre cree en la existencia del alma, en su sentido propiamente espiritual. Es una palabra que, como espíritu, no abunda en su prosa. No son complicaciones y menos aún complicaciones psíquicas, las que analiza. Todo en su obra es esencialmente animal o vegetal. Todo de una naturaleza propiamente carnal. Las plantas tienen nervios y fibras sensibles como los seres humanos y en este sentido, Latorre humaniza a la naturaleza. Pero, a veces, los hombres casi no superan, en sus sentimientos, los instintos de los animales. Reposan sus dramas, habitualmente, en pasiones elementales y primitivas. Insiste, sobre todo, en las provocadas contra las fuerzas de la naturaleza o en las rivalidades de orden sexual. En algunas ocasiones, esta lucha reviste caracteres heroicos. Pero, con más frecuencia, los protagonistas aparecen astutos y mezquinos. El animal al que más se parecen, el autor nos explica deliberadamente la semejanza, es el zorro. En todo caso, y con frecuencia, la astucia animal y la violencia se combinan en sus dramas.

A veces, un leve soplo de misterio estremece a sus personajes. Alude el autor, entonces, a supersticiones y mitos ancestrales, pero todo eso no adquiere mayor importancia en su obra. Da la impresión que lo explota con algún interés novelesco y a fin de cuentas, no con-

vence ni al mismo autor. ¡Casualidades! Cuentos de viejas!, dirá encogiéndose de hombros. A lo más, tornándose grave e impresionado ante las velas que la piedad indígena enciende en la noche, a la orilla de los caminos, donde se ha cometido un crimen, aludirá al alma elemental del pueblo que se ahoga en el pasado tenebroso del indio y en la fe oscura heredada de los conquistadores. Pero no sigue por este camino, de seguro por falta de interés personal y quizá, también, convencido, de que no conduce a ningún paraje fértil; que, al fin, no hay otra cosa por delante, que la soledad de la selva y el silencio de la muerte.

Así, cuando dibuja un tipo de Quijote chileno, la razón extraviada por un sueño heroico, como el del auténtico Don Quijote, no lo elevará al plano del ideal. En la conquista de su quimera, su héroe permanece siempre grotesco y la minúscula luz que anima su ensueño, se apagará entre burlas groseras, en el egoísmo feroz y en la crueldad inconsciente de los campesinos que explotan su demencia. Burla y mistificación determinan su desenlace, igual que, entre otros casos, menos afortunados, por ejemplo, de evangelización cristiana.

Y aunque, muy a menudo, el crimen más feroz, constituye el eje de sus dramas, sus personajes no son propiamente criminales. El crimen no existe en esa vida primitiva, donde la lucha violenta por la presa es, entre los hombres y los animales, una ley natural. Y si hay culpa, mejor dicho, cuando se busca un responsable, la responsabilidad se desvanece entre el mutismo

de los hombres, que resulta tan natural como el de los animales y las plantas. Todo es, en ese mundo obscuro, solidario de las fuerzas elementales que lo mueven. Los personajes adquieren aire criminal, y se tornan medio civilizados, si el contacto con la vida urbana no los ha corrompido. El autor, sin embargo, no los acusa ni los excusa. No toma una posición deliberada delante del bien o del mal y ni siquiera trata de penetrar el sentido de estas palabras. No se erige en moralista ni cae en la tentación de hacer demagogia, que el tema justificaría fácilmente. No procede sino como artista, como pintor o más concretamente, como poeta. Evoca, pero no juzga. Deja adivinar, no obstante, que sus simpatías están por el campesino, por el hombre arraigado en la tierra, por el vagabundo, por el indio, por el bandido mismo, que por el explotador o por el representante de la ley. En este aspecto, Latorre es un romántico. De tal manera que, frente a un bandido o a un carabinero, dirá que son idénticos, pero al revés. Afirmación que, formulada por Latorre, resulta un elogio para el carabinero.

Su obra, escrita con pasión, con un vigor que conmueve, nos produce, a despecho de su contenido dramático, una sensación de alegría, de vida triunfadora, dionisiaca. Es la sensación que se desprende del espectáculo continuado de la naturaleza salvaje. Aunque haya víctimas y aunque se expongan miserias, nada subsiste de triste o deprimente. Hasta cuando en la lucha por la vida cae el héroe más simpático o más inocente,

el drama es tan sobrio en sus detalles sentimentales, que se torna patético, pero no delicuescente. Lo único que parece entristecer algo al autor es la destrucción, por obra del hombre civilizado, de la naturaleza, de los elementos que han formado la vida primitiva de Chile, de este Chile que tanto quiere, que desearía estrechar virilmente contra su pecho, como a una novia. Pero hasta en estos casos, su protesta es más obvia que explícita. Ni ante este drama toma un deliberado partido, quizá por estar en pugna con la razón y el sentimiento.

III

El contenido de una obra literaria determina los elementos de un estilo. No cabe, pues, hablar de la plasticidad y del color del lenguaje de Latorre, de sus robustas y sensuales imágenes. Latorre no es propiamente un estilista. Su prosa es un caudal impetuoso y la materia misma que emplea tiene un carácter bravo, imposible de reducir, sin desnaturalizarla, a estilizadas filigranas. Pero es un prosista magnífico, nervioso y fuerte. Tiene orquestaciones riquísimas, ritmos evocadores de la respiración profunda de la selva; de la voz cadenciosa del mar, del lamento de los torrentes y de la agonía cósmica de los vientos. Desigual y poco castigado, hace pensar en un Valle-Inclán menos artificioso y más cerca de la naturaleza y la verdad. Hace pensar, también, aunque el autor quizá no lo conoce,

en nuestro Prudencio Bertrana en «Los Héroe» y de las «Prosas Bárbaras». Recuerda, igualmente, por la interpretación del paisaje, a Tomás Hardy, aunque Hardy es, novelísticamente, mucho más complejo.

Me parece, sí, uno de los buenos prosistas castellanos actuales, aunque mi incompetencia me obliga a hacer algunas reservas a esta afirmación. Los chilenismos y americanismos—los americanismos enriquecieron la prosa de Valle-Inclán—no dañan la sonoridad castellana de la prosa de Latorre. En muchos casos son indispensables, porque la flora y la fauna que reflejan son notablemente distintas y pueden ser más ricas que la fauna y la flora de Castilla, pero, aunque sus palabras sean de origen mapuche, con qué garbo sabe colocarlas en su frase y qué noble prosapia castellana les infunde.

En otras ocasiones, cuando hace hablar en su propio dialecto a los personajes, las deformaciones lingüísticas, con sus síncope, paragoge, apócopes y onomatopeyas, no alteran el casticismo de su prosa, como sucede en los diálogos costumbristas de Arniches o de los Alvarez Quintero.

Creo que, en realidad, si los olímpicos componentes de la Real o no Real Academia Española, no estuviesen momificados en un engreimiento que les permite ignorar despectiva y voluntariamente tantas cosas, glosarios como los que nos ofrece Latorre o como los que podrían extraerse de sus obras, pasarían, en buena par-

te, al diccionario, destinados, según el lema famoso, a «limpiar, fijar y dar esplendor al idioma castellano».

Pero Latorre, como tantos otros escritores americanos de lengua castellana, es ignorado por los ilustres caballeros de la Academia y como lo ha de ser, en general, por los profesores, críticos e historiadores españoles. Porque es paradójal el resultado obtenido con este falseamiento de la realidad, al convertir presuntuosamente la literatura castellana, en algo tan superficial como esto de llamarla «literatura española». De la literatura española está excluída sistemáticamente la literatura peninsular que no sea de lengua castellana, a despecho de toda la magnífica literatura medioeval catalana, a despecho de los mejores poetas, llamados españoles, del siglo XIX y de comienzos del actual, tales como Verdaguer, Maragall y la gallega Rosalía de Castro; a pesar de que el mejor dramaturgo de esa misma época es, con todos sus defectos, Angel Guimerá. Por otra parte, si de la literatura española se han excluído los «españoles» que no escriben en castellano, se excluyen también, los escritores de lengua castellana que no son españoles. Sin embargo, en esta clasificación convencional de literatura española, hizo su aparición el nicaragüense Rubén Darío, y sin Rubén Darío no podría explicarse la sorprendente evolución de la poesía castellana actual.

Resulta, pues, que esta presuntuosa denominación de tipo imperialista, en vez de extender el área de la literatura castellana, la ha restringido considerable-

mente. Tanto la ha restringido que «literatura española» está a punto de equivaler a literatura de café: de Pombo o del Negresco. Por una elemental cordialidad, por un mejor entendimiento y hasta diré por un afán de unidad espiritual, sería conveniente, pues, restablecer la realidad de los hechos.

Que «literatura española» vuelva a ser «literatura castellana» y entonces, si con justicia no deben ser excluidos los escritores catalanes, no cabría que lo fuesen otros de lengua castellana que, como Mariano Latorre, contribuirían con su obra, a hacer más vasto y más interesante el panorama de la citada literatura.

(Traducción de Katuska Schijman).